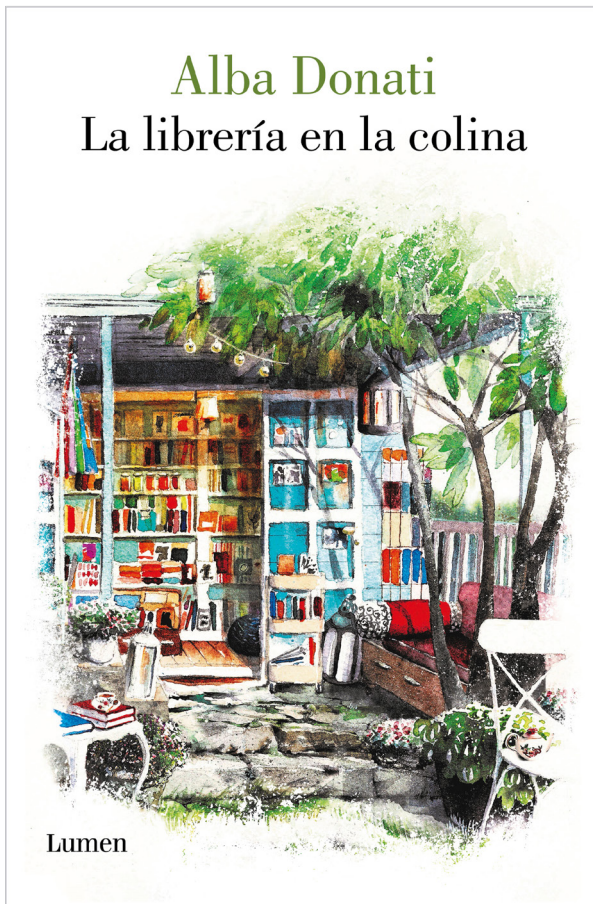


DOSIER DE PRENSA



La inspiradora historia de una librería y su librería que se ha convertido en un fenómeno editorial

«Un libro pequeño y magnífico. [...] La historia de un lugar mágico y de ensueño [...], de una niña infeliz salvada gracias a la literatura y a su amor por los libros». Caterina Soffici, *La Stampa*

«Un libro maravilloso y único, unas memorias, un poema familiar, pero también la historia de una aldea de montaña y una novela de aventuras. [...] Leerlo y recomendarlo. Estoy segura de que irradiará más magia». Cristina De Stefano, *Elle*

Libro: *La librería en la colina*
Autora: Alba Donati
Traductora: Ana Ciurans Ferrándiz
Páginas: 224
Precio: 18,90€
Fecha de publicación: 26 de enero de 2023

Síguenos en:

@SigueLumen
 @lumeneditorial
 @editorial_lumen
www.penguinlibros.com

Bibiana Ripol

bibiana@ripol.es
607 712 408

LA OBRA

Alba tenía una vida urbanita y agitada. Su trabajo editorial la hacía sentir realizada y le daba la oportunidad de conocer a autores importantes; a pesar de todo, tenía la sensación de estar siempre huyendo. Un día decide cambiar radicalmente y regresar a Lucignana, su pueblo natal, ubicado en las colinas toscanas de Garfagnana. Allí reforma la casa familiar, arregla el huerto, lanza una campaña de *crowdfunding*, pide una donación de diez libros a todas las editoriales de Italia y... ¡listo! Así nace Libreria Sopra la Penna en diciembre de 2019, poco antes de la irrupción de la pandemia en Europa. En un pueblo de 180 habitantes, la empresa de Alba parecía condenada al fracaso; sin embargo, entusiasmó a mucha gente y pareció que

se asomaba un rayo de luz, un eco que recordaba a la célebre poesía de Montale (que advierte sobre la provisionalidad de los sueños cumplidos: «Felicidad lograda, caminamos por ti sobre el filo de una espada»).

Desgraciadamente, al cabo de un mes un incendio la destruyó por completo. Donati pudo reabrir la casi instantáneamente gracias a un segundo *crowdfunding*, que tuvo mucho más éxito que el primero. La librería —o cabaña literaria, como a ella le gusta llamarla— es una hermosa casita cerca del bosque, abierta solo seis meses al año, donde tanto adultos como niños pueden enamorarse de los libros. A pesar de la pandemia, logró prosperar y ahora es muy popular (figura en las listas de las librerías más famosas de Europa), atrae visitantes de toda Italia y distribuye libros en todo el mundo. Alba logra caminar sobre el filo de la espada, consciente de su fragilidad, pero sin perder nunca sus objetivos y su ilusión.

En este relato del día a día de una librera vemos cómo el invierno da paso a la primavera entre algún que otro altibajo, leemos consejos de lectura y pedidos de libros (la mayoría escritos por mujeres). A Donati se le ocurren muchas ideas para hacer de su librería un lugar único: veladas de té con mermeladas literarias y pasteles preparados por mujeres del pueblo, un festival literario llamado Little Lucy (de Lucignana), una sección de objetos literarios (calcetines de Jane Austen, procedentes de Israel, calendarios de Emily Dickinson, tarots hechos por mujeres del Reino Unido), una estantería pirata para libros olvidados, etc. Existe todo un universo que gravita en torno a la librería: la gente del pueblo —que forma una especie de gran familia—, la madre centenaria de Alba, sus amigos de infancia, algún ayudante y los lectores curiosos.

Como pasa en todo *memoir*, también aparecen historias personales de la protagonista. La vuelta a casa despierta recuerdos agridulces de la infancia, como la vergüenza de haber crecido en una casa sin baño y la nostalgia por un padre que abandonó a su familia, pero también ilumina el pasado rememorando relaciones familiares, exaltando las raíces, recordando la educación literaria y sentimental...

Este libro también conecta con otros libros y dedica páginas a autores famosos, a menudo internacionales, y entrañables para la autora, que los retrata con un estilo único y personal muy

cautivador. Alba reconstruye la cabaña tras el incendio del 30 de enero de 2019, pero también la relación entre sus padres, que vuelven a encontrarse en Lucignana, ya ancianos, después de muchos años de separación. En realidad, no es solo la paciencia lo que hace de Alba una figura inspiradora: ella es una cuidadora, ya sea de libros, de plantas, de sentimientos, de recuerdos o del ayer. Y ahí está, en su librería en la colina, inclinada en la ladera de la montaña, acariciando las flores y hablando a las plantas, como hacía George Sand cuando era niña.

EXTRACTOS

—Romano, quisiera abrir una librería en mi pueblo.

—Bien. ¿Cuántos habitantes tiene?

—Ciento ochenta.

—Veamos, ciento ochenta mil dividido por...

—No, no ciento ochenta mil, ciento ochenta.

—Estás loca.

*Conversación telefónica con Romano Montro-
ni, exdirector de las librerías Feltrinelli (p. 9)*

20 de enero

Cada niña es infeliz a su manera, y yo lo era muchísimo. Quizá se debiera al matrimonio de mi hermano, cuando yo contaba seis años, que fue un mazazo para mí, o al carácter de mi madre, una mujer más bien arcaica; quizá, en parte, fuera por el *bullying* campestre

que me infligían mis amiguitas, ese hoy juego contigo y mañana con otra.

Desde que abrí la librería, no hay conversación que no incluya la pregunta: «¿Cómo se le ocurrió abrir una librería en un pueblo perdido de ciento ochenta almas?».

Hoy he hecho muchos paquetes. Hay una señora de Salerno que celebra San Valentín así: a una de sus hijas le regala un libro de poemas de Emily Dickinson, el calendario de Emily Dickinson, y Emily, un perfume elaborado con esencia absoluta de *Osmanthus*; a la otra, un libro de Emily, el calendario de Emily y una pulsera de pétalos de rosa y gipsófila. Por si fuera poco, la señora quiere para ella el Herbario de la adorada Emily y el calendario.

¿Que cómo se me ocurrió? Las cosas no se nos ocurren, las cosas se incuban, fermentan, ocupan

Bibiana Ripol

bibiana@ripol.es

607 712 408

nuestras fantasías mientras dormimos. Las cosas avanzan por su cuenta, recorren un camino paralelo en algún lugar de nuestro interior del que no tenemos ni el más remoto conocimiento y, en un momento determinado, llaman a la puerta: aquí estamos, somos tus ideas y queremos que nos escuches.

La idea de la librería esperaba agazapada en los recovecos de aquel lugar tétrico y alegre llamado «infancia».

La alimentaba el caso Lavorini, el primer niño asesinado del que guardo memoria, hallado en los alrededores de Viareggio; oía esa historia todas las tardes de boca de mi abuelo, que tenía un radiocasete. No es que mi abuelo Tullio estuviera tan adelantado a su tiempo, sino que lo estaban mis tías, modernas y libertinas (en opinión de los del pueblo). Me avergonzaba un poco de ellas, pero las adoraba.

En el otro plato de la balanza estaba la tía Pol-da, hermana de mi madre y campesina de profesión, una mujer de buena pasta que, entre otras cosas, no se había casado y se enorgullecía de ello. Me pasaba las horas muertas abrochándole y desabrochándole la rebeca, una excusa para acercarme en su regazo a escuchar sus historias. Y la tía Feny, cuyo verdadero nombre era Fenysia, menuda, fuerte, tímida y sabia, que trabajaba de ama de llaves. Fue ella quien me dio los libros que le regalaban sus señores y me inició en la lectura.

En su honor, llamé Fenysia a la Scuola dei Linguaggi della Cultura que fundé hace unos años con Pierpaolo, mi pareja. Cuidar de la cultura me parecía tan necesario como hacer una buena minestrone de esas que ella sabía preparar.

Las historias que contaba mi madre, en cambio, podían tumbar a un dinosaurio del Pleistoceno. Su preferida era la de una niña que se dormía debajo de un árbol mientras su madre labraba la tierra. Entonces aparecía una culebra enorme que se deslizaba por el cuello de la pequeña. Llegados a ese punto, un sano apagón de memoria pone en pausa lo salvable, lo que salvaría, mucho tiempo después, la doctora Lucia a lo largo de doce años de terapia. [...] Empiezo este diario por casualidad el 20 de enero, la fecha en que comienza *Lenz*, de

Büchner, obra a la que Paul Celan, el poeta que ganó el Premio Büchner el 22 de octubre de 1960 (nueve años, cinco meses y veintinueve días antes de que se tirara al Sena desde el puente Mirabeau), pronuncia su discurso con motivo de la concesión del galardón.

Las fechas son importantes y cada uno tiene su 20 de enero, día en que Lenz lo abandona todo y se va. El 20 de enero de 1943 también se fue el primer marido de mi madre. Como los otros alpinos que seguían con vida, había recibido la orden de abandonar el Don y retirarse. Era el epílogo de la guerra de Rusia, que solo en aquellos días se cobró la vida de cincuenta y un mil soldados, entre muertos y desaparecidos. Estaban a cuarenta grados bajo cero y muchos ni siquiera iban calzados.

Iole, mi madre, tenía veinticuatro años; Marino, su marido, veintiocho, y Giuliano, mi hermano, seis meses. La familia que no tuvo tiempo de serlo se rompió cerca de Vorónezh, lugar al que el poeta Ósip Mandelstam se había trasladado antes de que lo deportaran al campo de concentración de Siberia, donde murió.

Mi madre esperó y esperó, pero no tuvo noticias de Marino; era como si se lo hubiera tragado la estepa. Las noticias oficiales de los archivos de guerra se interrumpen el 23 de enero de 1943; luego, silencio. En cambio, a las esposas de todos los desaparecidos les llegó una pensión de guerra.

Mandelstam me había llevado de la mano a la estepa antes de que yo supiera que era la misma sobre la cual había llorado mi madre.

Finalmente, también yo lo dejo todo: la ciudad más bonita del mundo, un trabajo envidiable y una hermosa casa cerca de la Biblioteca Nazionale, y vuelvo al pueblo, a comprobar si la culebra todavía anda por allí y si, por casualidad, aquella niña que se quedó dormida debajo del árbol es Alicia en el país de las maravillas.

Pedidos de hoy: *El adversario*, de Emmanuel Carrère; *La vida de las mujeres*, de Alice Munro; *Historia de un chico*, de Edmund White; *Un debut en la vida*, de Anita Brookner; *Entre actos*, de Virginia Woolf; y *Hotel Silencio*, de Auður Ava Ólafsdóttir. (pp. 13-17)

22 de enero

Una de las ventajas adquiridas con el cambio de vida es escuchar el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado. En la ciudad, si estás en la cama, has de levantarte a descorrer las cortinas para saber qué tiempo hace. Aquí, por el contrario, lo sabes con el cuerpo. En el pueblo, «el dulce sonido de la lluvia», como lo llama Diana Athill en uno de sus cuentos, es como una voz, ahora dulce, ahora poderosa, que me busca. [...] Lucignana está a quinientos metros sobre el nivel del mar: el lugar ideal para no pasar ni demasiado frío ni demasiado calor. Es todo de piedra y fue construido antes del año 1000. Contaba con una guarnición de defensa con murallas y un castillo que debía de ser un poco más grande que una casa. Hoy en día ese castillo da nombre a una de las zonas del pueblo.

En Lucignana se va a Castello, a la Penna, a Scimone, a Varicocchi, la Piazza, al Piazzolo o a Sarrocchino, incluidas las variantes trabucadas. Scimone era San Simone y Sarrocchino, San Rocchino.

Ahora en Castello vive Mike, un inglés simpático a rabiar, exmilitar retirado que estuvo en la guerra de Afganistán. Me divierte que se haya hecho una piscina exterior y en verano se pasee por el jardín como Dios lo trajo al mundo, suscitando la perplejidad de los lugareños. Cuando voy a visitarlo, antes de preparar, ante uno de los paisajes más bonitos del mundo, un spritz a su manera —esto es, Aperol y mucha mucha tónica Schweppes—, se anuda al tuntún una toalla en la cintura, pronuncia un montón de «sorry» y corre a ponerse unos pantalones cortos.

La suya es sin duda la casa con las vistas más hermosas que puedan imaginarse. Enfrente tiene los Alpes Apuanos, con crepúsculos de un rojo fuego en los que da la impresión de que el sol, al ponerse por detrás del macizo de Le Panie, se sumerge lentamente en las aguas de Versilia.

En ese lugar yo habría querido, mucho tiempo atrás, fundar una casa para escritores y traductores. Mi amiga Isabella, que también trabaja en el sector editorial, y yo fantaseamos con ello durante meses, pero la idea quedó en nada. La casa, que había pertenecido a Leo y Evelina Menchelli y a sus hijos Antonio y Roberta, acabó en manos de los ingleses. Que quede claro que adoro a los ingleses, porque compran y restauran con respeto y, por tanto, mejoran lo que nosotros empeoramos en el pasado.

En la planta de arriba, Mike tiene un montón de buenos libros en inglés y me ha regalado algunos de Dorothy Parker y Sylvia Plath.

Compró la casa de Castello a otros ingleses; la verdad es que la adquirió para su mujer, que murió poco después. Fue ella quien le dijo: «We didn't buy a house but a view». Los libros eran suyos.

Un día, Mike apareció en la librería, se sentó en el jardín, al fondo, en una de las sillas Adirondack azul cielo, y se puso a leer *Elegía*, de Philip Roth. Lo sacó de la mochila, una suerte de bolso de Mary Poppins donde lleva cuanto necesita, junto con una copa de cóctel, que llenó con su spritz con mucha Schweppes.

Pedidos de hoy: *Apprendista di felicità*, de Pia Pera; *Miss Austen*, de Gill Hornby; la *Trilogía de Holt*, de Kent Haruf; *Diario delle solitudini*, de Fausta Garavini; *El libro de cocina de Alice B. Toklas*, de Alice B. Toklas, y *La ciudad de los vivos*, de Nicola Lagioia. (pp. 19-21)

25 de enero

Los niños de Lucignana han visitado la librería al salir de misa. Verlos llegar en grupo siempre es una alegría. Por ellos se hacen las cosas, por ese puente invisible que une nuestra infancia con la suya.

Yo subía la escalera, mitad de ladrillo y mitad de madera, hasta el desván, donde dejaba de ser una criatura hecha de barro y miedos y me convertía en una persona libre que se buscaba a sí misma en los libros. Creo que habría muerto si no hubiera tenido el desván, quizá debajo de un árbol con una culebra en la garganta. En aquel lugar guardaba mis recuerdos de niña: abriguitos, cuadernos, cuentos de hadas, libros de texto, ropa que enviaban los tíos de América (a los que no conocía), y también un amuleto: la maleta de mi padre, en la que, supongo, mi madre había metido con rabia las cosas que papá se había dejado en casa. La abría a diario, contemplaba los zapatos, las camisetas de algodón, las camisas. No sabía si aquella maleta me devolvería a mi padre, pero sí que alejaba el dolor: papá estaba allí y me protegía.

Lucignana está buscando su desván. La apertura de la librería, el 7 de diciembre de 2019, fue todo un acontecimiento. Las maestras de las escuelas de Ghivizzano me contaron lo orgullosos que estaban los niños, incluso algunos difíciles,

Bibiana Ripol

libiana@ripol.es
607 712 408

como Alessio y Matteo. «Tenemos una librería», decían. Este pueblecito, que hasta ayer era desconocido incluso para los habitantes de los pueblos cercanos, salía en la televisión y en los periódicos, estaba en boca de todos. La gente fletaba autobuses que acudían desde lejos, de Reggio Emilia o de Vicenza, por ejemplo, o bien llegaba en autocaravanas; en cualquier caso, se presentaban grupos de toda la Toscana. No había COVID. Bueno, sí que había, pero aún no lo sabíamos. (pp. 26-27)

28 de enero

Un día de septiembre llegó una chica a la librería. Entró en el jardín sola, por la verja grande del fondo. Muy mona, alta, pelo negro, larguísimo. Fue directa hacia mí y me dijo: «Me gustaría ser librera, quisiera trabajar aquí de voluntaria».

También se lo había pedido a Shaun Bythell, propietario de la segunda librería de viejo más grande de Escocia, pero él, con sus nueve salas llenas de libros, le respondió que no necesitaba a nadie. En cambio, yo, que ya había oído el tintineo del hada Campanilla, le respondí: «Vale».

Se llama Giulia y tiene un poco de florentina, un poco de siciliana y un poco de maremmana. Estudia Ingeniería, aunque sabe que no es lo suyo, y es una entendida en libros. No tiene Facebook ni Instagram, lo cual, pese a complicar un poco nuestra relación, la coloca en el acto en la sección de Mitos. Su llegada al jardín y su frescura son también obra de la magia de la librería Sopra la Penna. Tiempo suspendido y apertura de un espacio donde ocurren cosas nunca vistas —Wendy va a la fiesta en lugar de Cenicienta, Cruella de Vil se come la manzana envenenada y el príncipe salva del frío a la pequeña cerillera—; se oyen advertencias, consejos, se ordenan estanterías y se coloca en el lugar correcto a los autores cuyo nombre comienza por J, es decir, después de la I, no de la Y. Durante un momento mágico puede suceder cualquier cosa. Yo le dije sí a Giulia. Ella sabe que busco un calendario de Emily Dickinson antes de que me dé cuenta de que se han acabado. De vez en cuando, desde lo alto de sus veintiocho años, me mira y me dice: «¿Qué pinta aquí Terzani? Vamos, devuélvelo».

Y yo lo hago. (pp. 33-34)

29 de enero

Ayer por la mañana tuve la sensación de que las cosas podrían ir bien a pesar de que la pandemia está alterando nuestros gestos cotidianos. Ha llegado *The Literary Witches Oracle*, una curiosa baraja de Tarot para predecir el futuro cuyos naipes representan figuras de escritoras. He comprado una para ver qué tal es, pero hoy haré un pedido mayor. Estoy segura de que a nuestros seguidores o, mejor dicho, a nuestras seguidoras (son un ochenta y cinco por ciento de mujeres y un quince por ciento de hombres) les gustará mucho.

Saco tres cartas al azar: Anaïs Nin, «Subconscious»; Emily Brontë, «Fantasy», y Jamaica Kincaid, «History». Acto seguido, aventuro una interpretación sin detenerme a pensar: abrir los cofres que contienen nuestros sueños rotos, dejar circular la fantasía y concretar los deseos en la vida cotidiana.

La baraja de las escritoras está formada por treinta cartas y es una creación de Taisia Kitaiskaia y Katy Horan, la dibujante. Algunos naipes me fascinan: el de Sylvia Plath con un corpiño y una falda hecha de ramificaciones rojas que podrían ser raíces, venas o arterias palpitantes de sangre, cuya palabra es «Dark»; o el de Flannery O'Connor, «Humanity», que aparece abrazando uno de sus pavos reales. La baraja gustará; sí, tengo que hacer un pedido.

Pero no es la única buena noticia de ayer. También me ha respondido Natalie, una mujer de Israel que confecciona calcetines con citas de *Orgullo y prejuicio* y *Alicia en el país de las maravillas*. La semana pasada le escribí. Los colores son polvorientos, tonos lunares. Ahora estoy negociando con ella la adquisición de unos treinta pares. A algunas de las personas que conozco les volverán locas. Como una chica que un día se presentó con una falda igual que la cubierta de *Retratos gaitunos*, de Sébastien Perez y Benjamin Lacombe. Compré en la librería todos los regalos de Navidad y se fue con veintisiete paquetes, aparte del libro de Perez y Lacombe, obviamente.

Es así como lleno la librería, con libros y objetos relacionados con ellos. Navego por la red y busco hasta que del fondo oscuro de la noche emerge la pieza adecuada.

Los Libros Mudos, por ejemplo, los encontré en el MoMA de Nueva York. Son estupendos: cuaternos de papel de arroz, encuadernados a mano con costura vista; cubiertas que reproducen, con refinamiento milimétrico, las de los clásicos, de *Desayuno con diamantes* a *Moby Dick*; bordes pintados artesanalmente en azul de Prusia o tierra de Siena. Estaba ya preocupándome por lo difícil que sería conseguirlos desde Lucignana cuando descubrí en su página web que los hacían en Florencia. (pp. 35-36)

30 de enero

Son las 4.59 de la madrugada. Hace un año, a esta hora, la librería estaba en llamas y yo aún no lo sabía. Me enteraría poco después. A las 5.30, alguien gritó bajo mi ventana: «¡La librería está ardiendo!». El lobo había llegado.

Fue Alessandra, que forma parte del grupo de las voluntarias, quien me avisó. Claudio, su marido, que entraba a trabajar en la fábrica en el turno de las 6.00, había visto la columna de humo al salir de casa. Su hijo Michele, al contrario que él, volvía del trabajo. Traspaso de consignas: «Ve a ver qué pasa. Sale humo de la librería».

«¡La librería está ardiendo!», fueron las palabras textuales de Alessandra. No era un capítulo de *Vida de motel*, de Willy Vlautin, el angustioso libro que estaba leyendo la víspera en la cama, sino la realidad, que entraba por mi amada ventana.

Bajo a sabiendas de que nada podré hacer. Sin mover un dedo, veo a Michele abrir la puerta de la librería, veo las llamas salir del interior, y observo a Alessandra transportando cubos de agua. Al poco, todo ha acabado. [...] El lateral izquierdo de la cabina ha quedado destruido, la máquina de café se ha derretido, las estanterías se han quemado y lo que queda de los libros está carbonizado. Es un amanecer triste. A las 8.00 ya ha corrido la voz y han llegado todos los amigos. La librería había nacido de este modo: compartida con el setenta por ciento del pueblo, turnos de voluntarios que se alternaban para ser siempre tres. Una en la caja, otra despachando y yo haciendo un poco de todo. Ahora, todo se ha convertido en humo.

Después ocurre algo inesperado. Son las 9.00, las agencias han difundido la noticia, los periodistas anuncian su llegada. Se rumorea que ha habido dolo. Subo a casa a hacerme un café cuando entran Barbara y Rosita, dos chicas que han estado conmigo desde el principio. Nos abrazamos, se nos saltan las lágrimas. Pero no dura mucho.

—¿A qué hora quedamos para poner orden?

Miro el reloj.

—¿A las diez?

—Vale, hasta ahora.

Y volvemos a empezar, todos a una. El 30 de enero de 2020 luce el sol. Barbara, Donatella, Rosita, Moira, Monica y Fabiola limpian las estanterías ennegrecidas pero indemnes. En el jardín, los libros que colocamos sobre las mesas forman hileras oscuras. Tiziana, a la que llamamos la alcaldesa de Lucignana, coordina las operaciones. También están las más jóvenes, como Noemi y Marika, e incluso Elisa, la madre de Emily, con el bombo de ocho meses.

Armadas de esponjas y detergente, tiramos lo inservible y lavamos, una por una, las cubiertas de los libros recuperables. Tenemos un plan de contraataque: lanzar un nuevo crowdfunding, organizar un par de domingos una exposición de libros ennegrecidos pero leíbles y aceptar donaciones espontáneas. (pp. 37-39)

31 de enero

El 31 de enero del año pasado estábamos en todos los periódicos, a doble página, y mi foto con la mirada extraviada circulaba por los quioscos de toda la provincia de Lucca. Barbara, la madre de Angelica, a quien no le gusta que la retraten, aparecía en todas y cada una de las instantáneas. En el grupo de voluntarios hay dos Barbara, ambas «importadas», es decir, llegadas a Lucignana como compañeras o esposas de alguien. Para distinguirlas, en el pueblo las llamamos Barbara de Daniele y Barbara de Maurizio. El nacimiento de la librería sirvió, entre otras cosas, para asignarle a cada una un apellido propio y estrechar aún más los lazos entre los oriundos del lugar y quienes, como ellas, han llegado de fuera.

La librería, inaugurada el 7 de diciembre de 2019, incendiada el 30 de enero de 2020 e inmediatamente reconstruida, ha dado al grupo una oportunidad de oro para convertirse en una comunidad.

La comunidad es una familia especial de la que uno se siente parte integrante, en la que se echa una mano a quien lo necesita y se comparten penas y alegrías. Esa familia acudió prácticamente en pleno: carpinteros, electricistas, arquitectos y arquitectas... todos en la parrilla de salida, listos para empezar de nuevo; en efecto, en marzo ya estábamos preparados. Aprovechando la ocasión, dotamos a la cabaña de una pérgola que aumentaba el espacio de exposición de los libros y protegía de la lluvia y el sol. (p. 40)

DECLARACIONES EXTRAÍDAS DE ENTREVISTAS

¿El amor por los libros [...] podría ayudar a que la sociedad madure una visión unívoca y más justa que favorezca la convivencia con el prójimo y elimine los errores que solemos cometer (errores que a menudo son el primer indicio de un conflicto social)?

Leer abre puertas y aviva los debates; leer es un diálogo. ¿Hay mejor antídoto contra la tendencia al monólogo de tanta gente? El libro sanciona el fin del «yo soy, yo pienso, yo digo». Es como si pusiese un signo de interrogación al final de toda afirmación. Por esta razón es tan importante leer: para no vivir encerrado en uno mismo; para no escuchar exclusivamente el eco de la propia voz.

Vivimos una realidad en la que se lee menos, [...] pero cada vez se publican más libros. Corremos el peligro de perdernos los que de verdad importan en un mar de mediocridad [...]. ¿Es por ese motivo que en tu librería se da valor a esas obras maestras que tendríamos que leer al menos una vez en la vida?

Sí, así es. [...] En mi librería encontrarán, sobre todo, libros de calidad; estoy satisfecha porque el público lo ha entendido perfectamente. Se fían. A veces ofrezco una alternativa: escribo «si tienes 20 años, puedes leer *Red* o *Una habitación propia*, de Virginia Woolf». Por ahora, Virginia va ganando.

A propósito de obras maestras, he pensado en ti y me ha venido a la cabeza un libro que todos deberíamos leer: *La luna y las hogueras*, de Cesare Pavese. Te has dedicado durante años a la labor de revalorizar tu pueblo natal, pero ¿en qué momento pensaste en volver y encontrar el sentido de este territorio que ha influenciado inevitablemente toda tu experiencia intelectual?

Durante los últimos años el camino se ha ido manifestando cada vez más. La reforma de mi casa, hace tres años, fue fundamental. También influyó el factor humano, que tiene mucho peso: es un pensamiento más directo, un afecto no manifestado, pero fuerte. Es el lugar de la infancia. De hecho, Zanzotto decía que no hubiese podido escribir sin estar rodeado por las montañas de Pieve di Soligo. Para mí, Lucignana es volver, es un *züruck, back, à rebours*, una situación llena de efectos poéticos.

***La librería en la colina* nace de la puesta en valor de una aldea en la que todavía se respiran los valores pasados. Sin embargo, la realización de este sueño se ha llevado a cabo a través de un medio ultramoderno, el *crowdfunding*, que incluso superó tus expectativas. Una iniciativa tan mediática solo puede tener éxito gracias a las redes [...]. ¿Usted cree que existen personas que juntas podrían derrocar los muros de la ignorancia colectiva injustificada?**

Yo no sé qué pienso, yo hago; quiero decir, no puedo estar parada e inmóvil delante del deterioro que hemos vivido en los últimos veinte años. Por eso he abierto una escuela de «lenguajes de la cultura» que se llama Fenysia además de esta pequeña cabaña literaria en una aldea donde reina la paz y la tranquilidad. Casi nunca hablo de cuestiones importantes en las redes sociales porque no aguanto la ola de odio y estupidez que sale de ahí, pero intento trabajar en positivo, mirando hacia delante. Adoro la fuerza reactiva de Michela Murgia y creo que ella representa también mi voz.

«Alba Donati posee el sello infrecuente de la palabra lírica, épica y proletaria, capaz de evocar su Garfagnana áspera y luminosa, su república donde un antiguo vínculo entre piedad y amor, resistencia y lucha, junta obscuras existencias».

Bibiana Ripol

bibiana@ripol.es
607 712 408

Esto escribía Roberto Carifi. ¿Se reconoce en estas palabras?

Sí, es más, diría que nunca me he sentido a la altura de esas palabras. Lírica, épica y proletaria... Dios mío, ¿cómo me lo monto para no decepcionar? También es cierto que suscribo el vínculo con mis orígenes, los lugares y las personas, que son para mí una fuente inagotable de inspiración.

Muchos miran la poesía con sospecha, incluso con superficialidad. ¿Qué representa para ti?, ¿cuándo sientes la necesidad de que forme parte de tu vida?

La poesía nace cuando la mesa ya está puesta y solo falta la comida. La poesía es el acto conclusivo de un proceso de atención hacia algo —afectos, pasiones, visiones del mundo—, un pensamiento obsesivo que no nos abandona y trabaja dentro de nosotros. Luego, algo activa el lenguaje y la poesía habla y pone orden en esos pensamientos, pasiones y visiones del mundo. La comida ha llegado a la mesa.

¿La poesía tiene que ver con el instinto o con el conocimiento?

Creo que con los dos. El conocimiento pone en marcha la parte instintiva e imprevisible, pero por sí solo no es suficiente; la poesía también es alguien que te tira de la ropa y te sobresalta, pone en círculo la adrenalina.

Declaraciones extraídas de:

Entrevista de Elena Torre en *Mangialibri*

Entrevista de Carmine Maffei [«Mi pueblo es una librería. Entrevista a la poetisa Alba Donati»], *Il Plurale*

Entrevista de Emanuele Martinuzzi (30 de enero 2021), *Teatrionline*

LA CRÍTICA HA DICHO...

«Un libro inspirador y de singular belleza que habla de la eterna vida de los libros y de cómo nuestra existencia puede cambiar y nuestros sueños hacerse realidad cuando nos empeñamos en creer en ello».

Michael Cunningham

«En ese remoto lugar de su infancia, hecho de piedras y ritmos tranquilos, Alba abre una pequeña librería —donde pasar las tardes leyendo y degustando mermeladas— que se convierte en una ventana al valle y al mundo».

La Freccia

«No es solo la historia de una librería, es mucho más: es el relato vivo, inmediato, espontáneo, tierno de una elección de vida».

Gazzetta di Parma

«Un lugar que parece salido de un cuento de hadas inglés. [...] Una historia de arrebatado amor por los libros mezclada con la de una vida y una familia únicas».

Daria Bignardi, Vanity Fair

«Un libro lleno de magia, que habla de un lugar igualmente mágico, pero que, afortunadamente, existe de verdad».

Fiorella Corti, La Nazione

«No es un cuento de hadas al estilo de *Chocolat*, sino un libro donde no faltan fragmentos oscuros e inquietudes. Aunque al final la literatura lo pone siempre todo en su sitio, deja en el aire preguntas sin respuesta».

La Repubblica (Firenze)

«Lucignana, una Macondo de ciento ochenta almas. [...] La historia de una salvación a través de la vuelta a los orígenes, del diálogo con la naturaleza y, sobre todo, a través de los libros».

Corriere della Sera

«En su caso, “cambiar” significa volver al lugar donde todo comenzó: un pueblo que parece sacado de un cuento de hadas, con una ladera que en cualquier momento podría abrirse, como pasa en las antiguas leyendas irlandesas, y dejar a la vista a las hadas que viven bajo la tierra. La gratitud de Donati por la vida y por lo que la rodea ilumina cada página e impulsa al lector no a querer visitar la librería, sino a sentirla como un lugar en el que puede refugiarse para disfrutar de su calidez. Un libro lleno de amor y literatura, un objeto luminoso que alimenta el espíritu y la mente».

Francesca Pellas, *Il Foglio*

«Es como si Alba te abriera la biblioteca de su casa en la aldea de las mil maravillas. [...] La historia que cuenta este libro [...] está a punto de dar la vuelta al mundo».

Chiara Dino, *Corriere Fiorentino*

«Para Alba Donati, poetisa florentina, la librería de la colina de Lucignana, aldea de 170 almas en el corazón de Garfagnana, es el paraíso; también un refugio donde ha juntado partes de sí misma, vidas anteriores, penas y alegrías, y las ha amalgamado para captar su propia esencia. Lo dice y lo repite en el libro: la ha querido con todas sus fuerzas, a pesar de que abrir una librería en una comunidad tan pequeña y apartada sea una locura. Y la ha creado tal y como la había soñado, transformando unas ruinas en una cabaña romántica con jardín, muebles de hierro forjado y vistas maravillosas, eligiendo título a título lecturas especiales para ofrecer a sus clientes. Sobra decirlo: un lugar así nos enamora a primera vista».

Airone

«*La librería en la colina* es un desafío, una cabaña de madera edificada que es también una fortaleza a prueba de lobos (este es el cuento de hadas) que se convierte en una enrucijada de personas e historias del presente y del pasado, de la historia de Alba. Una multitud en la que destaca su padre y su madre centenaria, personajes reales que entran en la literatura cuando se reencuentran tras décadas de separación».

Paolo di Stefano, *Il Corriere della Sera*

LA AUTORA

Alba Donati es poeta laureada, directora del Gabinetto Vieusseux de Florencia e infatigable activista cultural. Actualmente vive entre Florencia y Lucignano. Es autora de los poemarios *La repubblica contadina* (Premio Mondello «Opera Prima» 1998), *Non in mio nome* (2004) e *Idillio con cagnolino* (2013). En 2018, La nave di Teseo compiló todos sus poemas hasta la fecha, *Tu, paesaggio dell'infanzia. Poesie 1997-2018. La libreria in la collina* (Lumen, 2023) es su primera novela.



© Leonardo Pasquinelli

Bibiana Ripol

bibiana@ripol.es
607 712 408



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Bibiana Ripol
bibiana@ripol.es
607 712 408